

Cuentos para tiritar de miedo

Saúl Schkolnik

Cristian Golez

Ilustraciones de
CARMEN CARDEMILL.

Delfín de Color
I.S.B.N.: 956-12-1488-1.
5ª edición: enero del 2006.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1516-0.
6ª edición: enero del 2006.

© 2003 por Saul Schkolnik Bendensky.
Inscripción N° 17.606. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
Email: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización de su editor.

Impreso por R.R. Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.
Santiago de Chile.

Índice

• UN AUTO	7
• EL GLOBO OCULAR	21
• LAS PIEDRAS CAIDAS DEL CIELO	33
• ESA CASA DEL TIEMPO	49
• LOS COLLECTIO ÓNISTAS	59
• CASTI...	69
• MANCHA EN EL CIELO RASO	79
• LOS NUEVOS FLAUTISTAS DE HAMELIN	89
• EL MICROSCOPIO	97
• SAÚL SCHKOLNIK VISTO POR SÍ MISMO	109

Un auto

Era un modelo no demasiado moderno, aunque no tenía más de seis años.

Roberto lo vio y se apasionó por él. Ese color psicodélico... ese no sé qué en el parabrisas delantero... ese aire deportivo... Pero, por sobre todo, ese tapiz de los asientos: un listado tigre amarillo y café moro... ¡fascinante!

Un pago inmediato al alcance de sus posibilidades y varias –hartas– cuotas no muy difíciles de cancelar lo terminaron por convencer.

–Lo llevo –exclamó satisfecho.

Salíó de la compraventa de automóviles ma-

neando su flamante adquisición.

Aquella misma tarde decidió ir a mostrarle el nuevo auto a su novia.

Clarita no estaba sola. Su mejor amiga había ido a visitarla y ambas charlaban animadamente cuando llegó Roberto.

—¡Bueno! —aceptó éste algo frustrado por la forzada compañía de la amiga, pero contento pues así podría presumir frente a alguien más.

Abundaron las exclamaciones de asombro...

—¡Qué línea!...

—¡Y mira el color!...

—¡Y el tapiz!... —señaló la amiga acariciando el dibujo atigrado mientras se trepaba en el asiento trasero.

Estuvieron mucho rato dando vueltas y más vueltas. Clarita apoyaba su cabeza en el hombro de Roberto y éste, imitando a cualquier buen galán de cine, la rodeaba con su brazo. En cada calata o frente a cada playa del camino entre Viña del Mar y Concón se detenían, oliviándose de la ami-

ga, para acariciarse.

Recién como a la hora de andar vagabundeados con el auto, Clarita se acordó de su amiga.

—¡Quieres que te vayamos a dejar a tu casa?

—¡Le preguntó sin cambiar su grata posición.

No obtuvo respuesta.

—¡Te pasamos a dejar? —insistió.

¡Completo silencio!

Soltándose del abrazo de Roberto, Clarita se dio vueltas para encarar a su amiga...

El asiento trasero estaba desocupado. ¡Ni señas de su ocupante!

—¡Roberto! ¿Qué pasó con ella?

—¡Qué pasó con ella? —repiñó el joven aun embelesado por el paseo—. Debe haberse bajado en una de esas paradas que hicimos...

—¿Tú crees?

—¡Seguro! Nos vio tan acaramelados que no quiso molestar. Mañana la llamas...

Sin embargo, al día siguiente Clarita no logró hablar con su amiga.

so— dos muchachos. Uno adelante junto a él y el otro atrás.

El viaje fue entretenido pues se fue conversando animadamente con el joven que iba a su lado. Un poco antes de llegar a Valparaíso éste le pidió que parara.

—Aquí me bajo.

—¿Y tu compañero?

—¡Yo viajé solo! —fue la inesperada respuesta. —Él viene...

Pero no completó la frase. Ambos miraron —recién— al asiento trasero. No había nadie.

—¡Hubiera jurado que el muchacho que estaba contigo subió atrás!...

—¡No me fijé!, lo siento —se excusó el joven bajándose del auto— ¡Gracias!

Roberto se dirigió entonces a la bomba de bencina. Tenía por costumbre, en estos viajes, llenar el estancque de bencina al salir y luego al llegar de vuelta. La diferencia se la pagaba, por supuesto, la empresa.

El 'bombero' que lo atendió, luego de hacer

lo que se le pedía le entregó la boleta.

—¿Cómo paga, señor? —preguntó.

Roberto la revisó.

—¿Seguro que está bien?

—¿Por qué, señor?

—Acabo de hacer un viaje de ida y vuelta a Santiago.

—¡Señor! ¿Usted no creará que le estoy cobrando de menos? Eso es lo que marqué.

Roberto volvió a quedarse callado. Le estaban cobrando sólo un litro de bencina. ¡El auto había consumido nada más que un litro de bencina!

Pagó y se fue.

Miró el marcador. Indicaba lleno.

¡Qué bien!, pensó contento, este autito está bien carburado. Casi no gasta bencina.

Como una semana más tarde, estando de visita en la casa de su novia, en Playa Ancha, a Roberto le robaron el auto.

La cosa sucedió así:

El joven había ido a ver a su novia. Apurado

y pensando en ¡vaya a saber qué!... dejó la puerta sin seguro.

Fue ese momento el que aprovecharon tres rufianes que merodeaban por allí, buscando, justamente, un auto para robar. Lo vieron salir del vehículo, esperaron a que se alejara y en menos de lo que canta un gallo abrieron el auto y se lo llevaron.

El jefe de la banda se ubicó, como corresponde a un jefe, en el asiento trasero, mientras sus dos secuaces ocupaban los de adelante.

—¡Qué tipo tan descuidado! —comentó el que hacía de chofer—. No le echó bencina. Vamos a tener que hacerlo nosotros.

—¡Yá!, pero alejémonos de aquí primero...

No llevaban andando ni una cuadra cuando el jefe comenzó a sentir que le ardían los pantalones y la espalda.

—Apaga la calefacción —fue lo único que alcanzó a decir.

—¡No, jefe! Si está apaga... —trató de explicar el que iba de acompañante del piloto, dándose vuel-

ta mientras hablaba.

—¡Eh, Pelusón, para! El jefe se está derritiendo... —gritó.

El otro compinche detuvo el auto y miró a su jefe en el asiento trasero. Lo que vio fue que éste se iba esfumando. Y en vez del hermoso tapiz atigrado había aparecido en el lugar en que se había encontrado el jefe, un asqueroso agujero de color rojo sanguinolento, que se tragaba la alucinante mancha en que se había convertido el pobre hombre.

Los restos de lo que había sido su jefe no tardaron en desaparecer por completo y la náusea-bunda abertura se cerró —casi como esbozando una sonrisa— dando paso nuevamente al tapiz rayado café amarillento.

Los dos hombres se miraron horrorizados. Sin que fuera necesario intercambiar una sola palabra, abrieron sus respectivas puertas y huyeron despavoridos hasta perder de vista el auto.

Cuando Roberto, no mucho rato después, bajó en busca de su vehículo, no lo encontró.

Un muchachito que había presenciado el robo le indicó, entonces, lo que había sucedido.

—Lo raro —le dijo— es que aquí subieron tres hombres y allá, en la otra cuadra, pararon el auto y se bajaron, pero sólo bajaron dos.

Aquello extraño sobremanera a Roberto.

Recordó algunos hechos más o menos recientes.

Evocó a la amiga de su novia. No se había sabido de ella desde aquel día. A su compañero de oficina, del que nada más se había podido saber. ¿Se habría escapado con todo el dinero que llevaba? Y ese muchacho que, suponía, había traído de Santiago...

Todos ellos habían bajado del auto sin que él lo notara.

Y ahora este niño afirmaba que habían subido tres hombres, pero que habían bajado sólo dos.

Intrigado, se dirigió a su casa. Allí decidió averiguar cuán silenciosamente podía uno descender desde el asiento posterior.

Subió al auto y se sentó en el asiento trasero.

Esperó, meditando unos momentos.

Pero entonces... comenzó a sentir que sus piernas y también su espalda se calentaban ¡más, mucho más allá de lo normal!

Intentó bajar. El pantalón parecía como adherido al tapiz. Le era imposible moverse. Miró el asiento.

En vez del recubrimiento atigrado de rayas amarillas y café moro descubrió una aterradoramente malévola abertura de un color rojo carne, que se abría enorme bajo él y lo succionaba... lo succionaba... lo succionaba... mientras el estancque de bencina —aunque él no lo veía— se llenaba de un nuevo y económico combustible.

Después de un par de semanas de haber desaparecido Roberto sin dejar rastros, su familia decidió vender el auto.

¡Tú, que quieres comprar un auto usado! ¡Cuidado!

En alguna parte de la ciudad ese terrorífico vehículo anda suelto. Lástima que nada más te puedo decir, pues no recuerdo su marca, el año de

fabricación ni el color.

Puede ser cualquiera de los que están en venta por ahí...

El Globo Ocular

El Globo Ocular apareció una noche cualquiera en la intersección de dos importantes avenidas de Santiago. Claro que no era un globo ocular gigantesco –medía casi dos metros de diámetro– sino ‘algo’ parecido.

Los periódicos, la televisión y la holovisión, acogieron la aparición de este artefacto fotografiándolo desde todos los ángulos posibles y no faltó el periodista ingenioso que lo bautizó con el nombre de El Ojo, debido, justamente, a su parecido con un globo ocular, con un ojo humano.

Tenía, en todo caso, algo que podría haber

sido un iris de un sombrío color verdoso, una pupila de una negrura total adheridos a un globo –partido al globo ocular–, recorrido por finos y lóbregos conductos –¿serían venas?– sanguinolentas, violetas y rojas.

Por supuesto que a nadie le llamó especialmente la atención. Casi todos supusieron que era otro artefacto para controlar la velocidad de los vehículos.

Ya los santiaguinos se habían acostumbrado a las cámaras ocultas de televisión que vigilaban sus movimientos. Más que seguro, ésta era una de última generación.

Aunque había un detalle –esencial, por supuesto, como todos los detalles– el Globo Ocular no era algo sólido. Era algo así como una figura de tres dimensiones. Algo que podría ser, o bien una imagen de realidad virtual, o bien un holograma.

Por ello algunos afirmaron que se trataba de una nueva e ingeniosa propaganda... (Y cada día la propaganda era más ‘ingeniosa’, en el peor sen-

tido de la palabra).

La verdad es que para el año 2015 la gente se había acostumbrado a tantas novedades que ya nada le extrañaba.

En todo caso, casi podríamos decir que, aunque no pasó desapercibido, a nadie le importó gran cosa, aunque ni los vehículos ni los peatones osaron acercarse a menos de diez metros del ‘objeto’. Lo único cierto es que allí estaba ‘el Ojo’, inmóvil y silencioso.

Hasta que... (pero esto casi nadie lo supo). Hasta que una noche de invierno, alrededor de las tres de la mañana, una noche fría como el aliento de una serpiente, una noche en la que soplaban un estremecedor ventarrón que hubiera calado los huesos de cualquier transeúnte que a esa hora hubiera osado desafiar la oscuridad, una noche sobrecogedora y siniestra... la pupila del Ojo comenzó a exudar unos lígubres destellos.

Después de unos momentos, desde alguna atradora profundidad comenzaron a brotar unas sabbandijas del tamaño de un lobo, parecidas a babosas,

amarillentas, resbaladizas y casi transparentes, que se arrastraron por el pavimento segregando una nauseabunda supuración verdosa, que desaparecía casi de inmediato.

Los bicharracos reptaron sigilosamente por las calles cercanas, como si estuvieran tratando de ubicar algo...

De vez en cuando tres de ellos se acoplaban y se enroscaban y se erguían formando una espi-
ral de masa pegajosa y repulsiva. Era como si for-
maran una especie de antena que, al parecer, les
servía para comunicarse con... 'algo'... allá afue-
ra, en el espacio sideral.

No obstante, como al parecer esa noche las
alimañas no encontraran lo que habían venido a
buscar -¿o sí?, retrocedieron hasta el 'Globo Ocu-
lar' y volvieron, siempre en el más completo si-
lencio, a penetrar en su insondable oscuridad.

Al amanecer, en la ciudad todo seguía igual:
ahí estaba El Ojo, inmóvil, silencioso y hermético.
Sin embargo, como a media mañana todo

cambió. Y no para mejor, por el contrario... cuan-
do el tránsito estaba más denso que nunca, la pu-
pila del 'Globo Ocular' comenzó a brillar de nue-
vo tétricamente.

Todo el mundo se detuvo.

De inmediato llegaron las fuerzas del orden
empuñando sus armas en previsión de cualquier
contingencia.

Entonces comenzaron a aparecer las resba-
ladizas babosas de color bilioso, sembrando el pá-
nico entre transeúntes y automovilistas.

La policía ordenó despejar el área, colocó
barreras formando un círculo de unos cien metros
de diámetro alrededor del Globo Ocular y se dis-
puso a detener a aquellos repugnantes
especímenes.

-¡Alto! -ordenó el oficial a cargo del pelotón.
Pero las babosas parecieron no escuchar la
orden -o no la comprendieron, o simplemente no
la respetaron- y continuaron desparramándose por
ambas avenidas, dejando un olor nauseabundo a
su paso.

En vista de esto el oficial ordenó atacar.

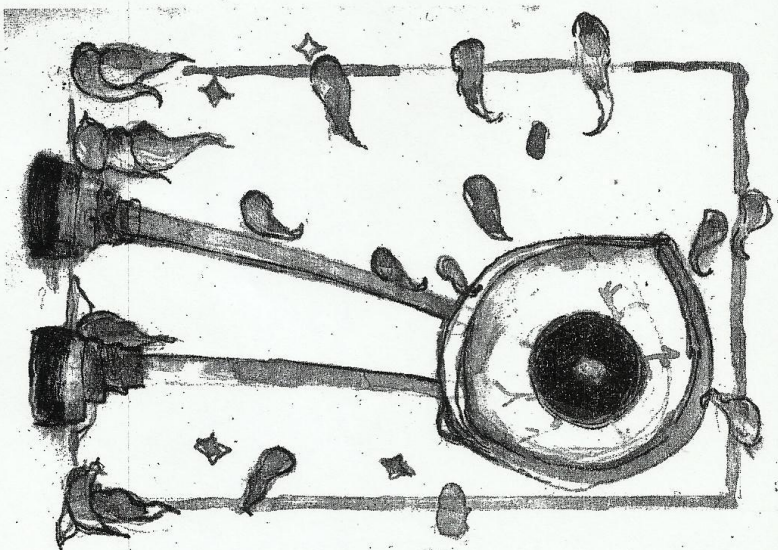
Las ráfagas de metrallas, los disparos de las pistolas, los potentes chorros de agua lanzados por los cañones cisternas, el silbido de las bombas lacrimógenas llenó el aire de estridencias, agua, gases y balas.

Cualquier ser vivo que hubiera estado en aquel lugar habría sufrido las consecuencias de las bombas, del choque del agua y hubiera perecido de inmediato bajo el impacto de las balas... ¡pero nada de eso sucedió!

Las tétricas bombas continuaron avanzando sin que nada las detuviera. Parecían ser sólo una imagen tridimensional, una imagen de realidad virtual... Ninguno de los elementos disuasivos o mortales disparados por los policías surtió efecto. Las balas las atravesaron sin causarles el menor daño.

Es más, pronto los bichos alcanzaron las va-llas que deberían haberlos detenido y las cruzaron como si estuvieran hechas de mantequilla.

De tanto en tanto, tres de ellos se entrosca- ban elevándose levemente del suelo, permanecían



así durante un buen rato y luego se separaban y volvían a reptar.

Tiempo después se supo que desde cada una de esas 'antenas' era enviado un mensaje a miles de naves, semejantes al Globo Ocular, que circunvalaban nuestro planeta.

"Fuerza de choque a nave nodriza. Fuerza de choque a nave nodriza. Pueden descender. Pueden descender. Está demostrado que estos seres biodegradables son incapaces de defenderse de nosotros. La invasión puede comenzar en cualquier momento. La invasión puede comenzar en cualquier momento".

Y recibían de inmediato la respuesta:

"Nave nodriza a fuerza de choque. Nave nodriza a fuerza de choque. Procederemos al descenso. Procederemos al descenso. Indicar lugares específicos. Indicar lugares específicos."
Entonces las espirales enviaron los datos re-

queridos:

"Deben elegirse áreas con gran densidad de elementos inertes. Gran densidad de elementos inertes. En ellos se concentra la mayor cantidad de seres bípodos biodegradables. La mayor cantidad de seres bípodos biodegradables".

Desconociendo absolutamente estas comunicaciones —ya que ningún instrumento terrestre de los que existían en ese momento, aunque quedaron debidamente registrados—, hubiera sido capaz de interpretarlas—, el oficial, frustrado en sus intentos por detener a aquellas repugnantes alimañas, decidió que era hora de acudir a instancias superiores e hizo llamar a las fuerzas especiales.

Sin embargo, antes de que éstas llegaran, extrañamente y sin ningún motivo evidente, las asquerosas sabandijas comenzaron a retroceder y terminaron por refugiarse dentro del Globo Ocular, dejando tras de sí sólo un olor inaguantable. Algunos valientes agentes de seguridad se

acercaron para mirar hacia el interior del Globo Ocular.

¡No lograron ver nada, absolutamente nada! Lo único que pudieron percibir fue un vacío tenebroso y pestilente, del cual se alejaron lo más rápidamente posible.

—Bueno —opinó el oficial a cargo— parece que, después de todo, los asustamos. Ya no será necesaria nuestra presencia.

Y sin más ordenó el retiro de las vallas y, con sus hombres, abandonó la esquina de las dos avidas.

Pero esa misma noche... miles de naves extraterrestres comenzaron a descender solapadamente en el lado oscuro de la Tierra y, a medida que el planeta giraba y otras grandes ciudades fueron quedando en el lado oscuro del planeta, las naves invasoras fueron descendiendo en ellas.

Así, en cada una de las grandes urbes terrestres apareció una nave Ojo, pero eso no fue lo peor. Lo más horrible fue que desde cada uno de

esos Globos Oculares, luego de brotar el extraño y maligno fulgor, comenzaron a descender miles y miles de fértidas babosas.

Los habitantes de las ciudades dormían inocentes, totalmente desprevenidos.

Las alimañas extraterrestres esta vez no reptaron, desplegando unas sutiles alas teñidas de un escalofriante rojo sangre, volaron penetrando a través de los vidrios de las ventanas e incluso atravesando las sólidas mullas de las casas y edificios hasta situarse justo encima de sus moradores.

Lo que debía seguir era sencillito para ellas: tenían que penetrar en el interior de los humanos y devorar sus cerebros; luego se instalarían allí y los controlarían.

Flotando sobre las indefensas mujeres, hombres y niños, los parásitos espaciales esperaron unos momentos como si estuvieran aguardando una orden escalofriante. Cuando ésta llegó, las babosas plegaron sus alas e introduciéndose por las bocas de las personas dormidas se dispusieron a devorar sus cerebros.

Pero entonces, algo falló... algo que los re-
pulsivos invasores no habían considerado...

Los nauseabundos especímenes llegados de
otra dimensión, no sólo parecían ser una imagen
de realidad virtual o de holograma... ¡Lo eran!

Eran entes tridimensionales incorpóreos, ho-
rrendos, impalpables.

Tan etéreos, tan tennes, que penetraron por
las bocas de los humanos pero continuaron,
¡involuntariamente, claro!, atravesando cuerpos
—así como habían atravesado murallas, pisos y ven-
tanás— y luego traspasaron la ropa de cama y los
colchones y cates y suelos hasta llegar al primer
piso en donde, al parecer, la tierra los detuvo.

Lo intentaron varias veces. El resultado fue
siempre el mismo.

¡La gloriosa invasión al planeta Tierra había
fracasado!

Las piedras caídas del cielo

Esa noche una lluvia de meteoritos cayó
sobre la pequeña aldea en las cercanías de Putre.

Nadie se dio cuenta porque a las dos de la
mañana los pobladores y sus familias dormían.

Cayeron los meteoritos y quedaron esparci-
dos por los patios de las casas.

Por la mañana, los niños fueron los prime-
ros en verlos. Parecían bolones de cristal, de unos
dos a tres centímetros de diámetro, de esos llama-
dos 'ojo de gato' por la semejanza de la figura que
puede apreciarse en su interior.

Las piedras eran hermosamente trasparen-

tes y el 'ojo' podía ser de cualquier color. En verdad había piedras con 'ojos de gato' de todos los colores imaginables.

—¡Míren, míren! —le dijo el Lalo a sus hermanos— a alguien se le cayeron sus bolitas...

Recogió una, la miró e inmediatamente le dieron ganas de hacerla rodar entre las palmas de sus dos manos, casi como haciéndole cariño. Así permaneció un largo rato.

Sus tres hermanos, al ver la cara de contento que ponía el Lalo, recogieron cada uno una bolita y comenzaron a hacer lo mismo.

En ese momento apareció en el umbral la madre y viendo que sus hijos permanecían quietos y casi con las bocas abiertas, los retó:

—¿Qué hacen, flojos? ¿Acaso no los mandé a traer leña?

En vez de responder, uno de los niños recogió otra piedra y se la pasó a su madre:

—Mira, mamá. Mira qué linda.

La madre tomó la piedra y la miró con curiosidad. En el acto sintió un fuerte impulso de

frotarla entre ambas manos.

Todos permanecieron frotando las piedras hasta que el padre se asomó a la puerta gritando:

—¡Ya pu' Rosi! ¿Qué fue con el desayuno?

—Ya voy, ya voy, José... —dijo la mujer sin dejar de frotar la piedra.

—¿Qué están haciendo? —preguntó entonces el padre al ver que también sus hijos permanecían inmóviles haciendo girar unas bolitas de cristal entre sus palmas.

Se agachó y recogió uno de los meteoritos. Lo observó cuidadosamente. Le pareció, por unos instantes, que eso que había en su interior —y que era igual que el ojo de un gato— había brillado.

Sentándose en los escalones de la entrada de su casa frotó con placer la piedra. Nunca José se había sentido tan contento como en ese momento.

Así estuvieron, al menos, durante tres horas. Y no sólo ellos, todo el pueblo hacía exactamente lo mismo.

Los meteoritos habían caído casi por igual en todas las casas.

Al cabo de esas tres horas cada hombre, cada mujer y cada niño dejó su piedra 'ojo de gato' a buen resguardo y, recién entonces, partió a trabajar, cada cual en lo suyo los adultos, y a la escuela los niños.

A mediodía todos volvieron a sus hogares y almorzararon con demasiado apetito.

A la hora de la siesta —aunque es importante aclarar que antes de que cayeran esas piedras del cielo, no todos en el pueblo acostumbraban a tomar una—, vale decir, como a las dos de la tarde, cada uno de los habitantes del poblado tomó nuevamente su piedra y comenzó a frotarla con sus dos manos sintiendo una satisfacción interior increíble.

Tres horas más tarde, se dirigieron a sus quehaceres habituales, para terminar el día comiendo con un exagerado apetito y acostándose de inmediato mucho más agotados que de costumbre.

Esa noche no hubo tertulia en ninguna casa y, cosa curiosa, tampoco nadie hizo un comentario acerca de los extraños meteoritos.



Es una casa del tiempo

Antonio aquel aviso en el diario le cambió la vida. ¡Y vaya si se la cambió!

Por fin puedo realizar el sueño de toda mi vida, pensó, ¡una casa propia!

Llevaba... Llevaban meses, con Adelita, su joven esposa, buscando una casa para comprar. En todas partes les exigían certificados de renta de los últimos seis meses, veinticinco por ciento de pie, declaración de los últimos tres años de renta anual, certificados de... ¡en fin!, papeles, papeles y más papeles.

Eran tantas las trabas y el dinero que se ne-

cesitaba que les había sido imposible lograr su pretensión.

Hacía dos años que se habían casado. Él recién había egresado de la universidad y sólo le faltaba el examen final para titularse de profesor. Ella cursaba el tercer año de Arte y Decoración.

Pero he aquí el aviso que vieron esa mañana:

Se vende casa
600 m² de terreno, 140 m² construidos,
3 dormitorios, 2 baños, estar, comedor,
amplia cocina, repostero, garaje.
Precio a convenir según posibilidad del
interesado. Ver y tratar de 18 a 21 hrs. en:
Camilio Henríquez 5244. San Bernardo.

Sin saber por qué, Antonio se sintió atraído por aquel anuncio. Quizás por eso de que el precio era a convenir.

—Pero Antonio, es una casa muy grande. Seguramente están pidiendo mucho más de lo que nosotros podemos pagar—razonó ella.

—¡Me tinea, Adelita! Esta es la casa que necesitamos... ¿Qué perdimos con ir a verla?

El argumento era irrefutable. En verdad, tuvo que reconocer ella, nada se perdía con ir a mirar esa casa. En el peor de los casos les serviría de paseo.

Durante el viaje —la casa no estaba cerca de donde ellos vivían— casi no hablaron. Ella un poco irritada, aunque dispuesta a acompañarlo. Él, ilusionado.

No les costó mucho dar con la casa. A primera vista parecía más grande que una simple vivienda de tres dormitorios.

—Seguramente tiene piezas amplias, y eso me gusta mucho —dijo él con entusiasmo.

—Esperemos a verla —replicó ella, cautelosa.

La puerta de acceso era de madera oscura y estaba entre dos ventanas verticales protegidas por gruesas rejas.

Antes de que pudieran tocar el timbre, Adela advirtió un pequeño papel pegado por el interior de una de las ventanas, que apenas podía leerse.

Decía: *"La puerta está abierta. Si vienen por el anuncio, por favor, pasen. Vieho de inmediato"*. Firmado: *"El propietario"*.

El joven matrimonio dudó unos momentos pero luego él, más decidido, abrió la puerta e hizo una graciosa venia invitando a su esposa a pasar. Ella penetró coqueta.

Un vestíbulo no muy grande los recibió con su característico amoblado, una mesita con un teléfono, dos sillas amplias y un espejo.

Había tres puertas. Una mampara al frente, de dos hojas, y dos a los lados.

—Probablemente esta ancha dé a la sala principal —sugirió él—. Las laterales deben ser la de la cocina y la de un baño chico o de un armario.

Adela abrió la puerta ancha. Él optó por una de las laterales. Curiosamente ninguna de las dos correspondió a sus suposiciones.

La muchacha se encontró en una antecala en la que sólo había una ancha escala ascendente. Subió lentamente los elegantes peldaños hacia un

balcón circular en el segundo piso.

Pero no siguió avanzando, decidió que sería mejor aventurarse junto con su esposo en aquella exploración. Volvió a bajar los cuatro o cinco peldaños y empujó la puerta por la que había entrado.

Antonio, por su parte, al abrir una de las portezuelas laterales se enfrentó a una estrecha escalera que bajaba hacia algún tenebroso subterráneo. Ni siquiera intentó descender. Prefería visitar primero las habitaciones. El sótano vendría después. Se dio vuelta y volvió a abrir la pequeña puerta por la que había entrado.

Adela, entretanto, volvió a lo que suponía era el vestíbulo y llamó a su esposo.

—¿Por qué no me acompañas, mejor, Antonio? La verdad es que me da un poco de susto andar sola por esta casa...

Pero nadie le respondió. Sin embargo aquello no fue lo peor. Lo peor fue que ahora no se encontró en el vestíbulo que poco antes había de-

jado, sino en una sala enorme llena de armaduras y sables, lanzas y escudos colgados de los muros. Además, notó que éstos —los muros— eran de piedra...

Antonio, en tanto, al abrir la puerta que recién acababa de atravesar fue a dar a un recinto tenuemente iluminado, con un amoblado plástico de brillantes colores. Buscó con la vista la puerta ancha por la que había entrado, pero... no había ninguna mampara. Sólo una muy extraña que se abrió cuando él se detuvo frente a ella, como las de los centros comerciales.

Adela, atemorizada por el aire intimidatorio de las antiguas armas, corrió hacia un portón de gruesa madera y haciendo un enorme esfuerzo —era muy pesado— logró abrirlo. Una horrible mazmorra se presentó a su vista. La joven, entre la sala de armas y aquella espantosa cárcel medioeval, eligió la primera, así es que volvió a abrir el portón, que afortunadamente no se había cerrado del



Entretanto, las piedras permanecieron sobre mesas y repisas. Aunque no había luces, si alguien hubiera despertado habría notado que despedían un raro fulgor.

Como a medianoche, en medio de un silencio sepulcral, los 'ojos' de algunas de las piedras transparentes comenzaron a vibrar cada vez con mayor fuerza y a alargarse hasta que... ¡plof!, se dividieron en dos. En ese momento el guijarro también se partió en dos mitades quedando, cada uno, con su respectivo 'ojo de gato'.

El día siguiente fue idéntico al anterior, salvo por el hecho de que a cada forastero que llegó o cruzó por el pueblo, alguno de sus habitantes se encargó de darle varios meteoritos.

—Pa' que usté los reparta allá por su pueblo... —fue la confianza que acompañó al regalo.

Por supuesto que todos quienes recibieron algunas 'bolitas', en algún momento se dedicaron a frotarlas con las palmas de ambas manos, sintiéndose tremendamente contentos pero con una sensación de agotamiento extremo.

Una semana más tarde todos los habitantes de la ciudad de Putre, así como de otros pueblos vecinos, frotaban dos veces al día las piedras 'descendientes' de aquellas que habían caído del cielo. Todos se sentían felices y satisfechos al hacerlo, aunque luego experimentarían cierta debilidad.

—Es que el placer agota —afirmaban los expertos.

Al mes, todo el norte de Chile frotaba las piedrecillas. Lo que nadie sabía aún, era que los primeros pobladores que habían recibido los guijaros con 'ojos de gato' estaban al borde de la muerte por agotamiento físico, aunque se alimentaban mucho más de lo que antes lo hicieran.

Fue entonces cuando en los observatorios del Tololo con sistemas para captar los sonidos que pudieran provenir del cosmos se obtuvieron fuertes señales, que partían de la tierra hacia el espacio y otras que retornaban.

Obviamente no pudieron o no se interesaron, preocupados como estaban de frotar bolitas 'ojo

□□□×□□◆×#□□□□□◆◆◆□□
×□□# □○↑×□□◆#×××#□□□□□◆
□□◆◆×□□×#□□□□□◆◆◆

Y este era el mensaje que llegó de vuelta:

◆#□□◆#□□□□□□□□□□□□
◆□□×□□◆×#×#□□□□□□◆◆◆
#□□□□□◆◆◆◆◆□□□□□□□□□
□□□□◆#□□□□□□□□□□□□□□
□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Aún después de un día de trabajo, la traducción de aquellas comunicaciones entregada por las máquinas fue muy parcial; sólo obtuvo algunas palabras sueltas:

Primer mensaje:

Domesticación □□□◆#□□□□□□□□□□
#□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
Energía traspasada □□□□□□□□□□□□
◆□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

miembros superiores □□□□□□□□□□□□
#□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
□□□□×□□◆×#□□□□□□□□□□◆◆◆
×□□# □○↑×□□◆#×××#□□□□□□
camos.

Mensaje de retorno:

Mensaje □□□□□□□□□□□□□□□□
◆□□×□□◆×#×#□□□□□□□□□□
#□□□□□◆◆◆◆◆□□□□□□□□□□
#□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□
planeta □□□□□□□□□□□□□□□□
energía biológica□□□□□□□□□□□□
□□□□□□□□□□□□□□□□□□□□

Jaime escribió las palabras que aparecían en castellano:

- 1 Domesticación – especie inferior – energía traspasada – miembros superiores – y multiplicamos.
- 2 Mensaje – planeta – energía biológica – vuelo de –

La conclusión en la primera comunicación era clara.

Quienes transmitían el mensaje pertenecían a una especie biológica que se sentía superior y que estaba '*domesticando*' a la '*especie inferior*'. Luego estaban las palabras '*energía traspasada*', que podría relacionarse con los '*miembros superiores*', las manos. Y todos los seres humanos, al parecer, usaban sus '*miembros superiores*' para '*traspasar energía*' a esa especie superior?

—Entonces —se dijo elaborando sus propias deducciones—, fueron las piedras las que enviaron el mensaje.

La conclusión en el segundo mensaje no era tan manifiesta: La '*energía biológica*' podía ser la humana, pero ¿el planeta mencionado era la Tierra? ¿Volarían aquellos seres que respondían hacia la tierra completando una invasión? ¿O la invasión ya había ocurrido?

Cualquiera que fuera la respuesta, había que hacer algo...

¿Eran aquellas extrañas piedras las que esta-

ban domesticando a los hombres y extrayendo sus energías?

¿Estarían todos los terrestres ya sometidos?

Bueno, la respuesta a la segunda interrogante la daba él mismo: quienes carecían de una o de ambas manos no habían sido dominados aún.

Para responder a la primera pregunta, simplemente sacó un martillo de la caja de herramientas, tomó una piedra que uno de sus compañeros había dejado sobre el escritorio y ¡puff!, la rompió en mil pedazos.

Esperó un rato y como nada sucediera, agarró las otras bolitas que encontró en el observatorio —nadie se había preocupado de ocultarlas— y las hizo añicos.

Al llegar la hora en que todos acostumbraban frotar las piedras tampoco sucedió nada. A lo sumo una mirrada de extrañeza o un levantarse de hombros. El personal del observatorio sencillamente siguió adelante con sus labores como si nada hubiera sucedido.

Ya más seguro de qué era lo que debía hacer,

todo, y retornó a la estancia.

Mas ésta ya no era la sala de armas. Ahora la joven penetró en un extraño salón con muebles más bien toscos pero que mostraban cierta elegancia, muebles que le recordaron alguna ilustración de un salón romano. Cansada, se sentó unos momentos, pero sólo para levantarse rápidamente recordando que Antonio debía estar por allí cerca.

Abrió cualquiera de las cinco puertas que circundaban el salón y se encontró en un patio con una pequeña, aunque graciosa pileta de agua.

De Antonio, ¡ni rastro!...

Apurada, retrocedió nuevamente al salón romano para encontrarse, no en éste, sino en una especie de estancia decorada con dibujos, taburetes y otros muebles egipcios. Comenzó a llorar.

¿Dónde estaba su esposo?...

Antonio, entretanto, había traspuesto la puerta automática para encontrarse frente a una curiosa aunque lóbrega estancia con nichos aislados por columnas de luz. Había visto suficientes películas

de ciencia ficción como para comprender de inmediato que ésta era una cárcel del futuro. El joven regresó apresuradamente a la habitación de amoblado plástico para percatarse de que ni los muebles ni la sala eran ya la misma.

Ahora sólo había una iluminación de diferentes colores que cruzaban una estancia al parecer suspendida entre nubes. Palpó las luces, comprobando que tenían bastante consistencia, lo suficiente como para que se sentara sobre una luminosidad rojiza horizontal.

Recordó a Adela y unas lágrimas asomaron a sus ojos...

Los collectio ónistas

¡Finalmente estaban acá!
¡Habían Llegado!!

La commoción fue enorme.

Todos querían verlos, estar cerca de ellos... incluso tocarlos, porque después de todo no resultaron ser ni tan monstruosos, ni tan horripilantes, ni tan repulsivos...

No eran unos guerreros agresivos y sanguinarios que llegaron arrasando ciudades y matando a sangre fría a niños y mujeres inocentes...

Nada de eso.

Al contrario: avisaron cortésmente su llegada.

Pidieron permiso para acercarse al planeta y cuando éste se les concedió enviaron una pequeña avanzada de tres individuos, simpáticos, amables, corteses, que se entrevistaron con los jefes civiles y militares de todos los países y territorios de la Tierra, incluso de los estados más pequeños, aquellos donde el presidente mismo apagaba la luz de su despacho y cerraba la puerta... allí donde el general en jefe y su ordenanza constituían el cincuenta por ciento del ejército.

Luego hicieron aterrizar su nave en... ¡Perdón!... hicieron alunizar su nave... ¡No, tampoco! En fin, lo que hicieron fue descender con su nave hasta dejarla flotando en una órbita cercana a la Luna.

Finalmente, desde esta nave nodriza partió un grupo de... ¡no, definitivamente no eran platillos voladores! Se trataba de una cuadrilla de objetos esféricos que, volando a una velocidad increíble, se posó cerca del edificio de las Naciones Unidas.

Allí se celebró la ceremonia del encuentro con los terrícolas.

Algo sencillo pero solemne.

El Presidente de las Naciones Unidas habló primero.

Un largo discurso de bienvenida a los 'Forasteros del Universo', así los llamó, de parte de los Homo Sapiens, los 'Hombres Sabios', como nos denominaron nuestros investigadores. Etcétera, etcétera... para terminar, por último, con una invitación abierta:

—Estamos a su disposición. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

Uno de los extraterrestres, levantándose, se dirigió al estrado y allí, entre frases de agradecimiento por la gentil acogida, habló de su especie, los Collectio Ónistas; nombre que explicó:

—Así como vosotros sois de la especie 'homo'—explicó—, nosotros somos de la especie 'collectio', la especie más adelantada en nuestro sistema planetario, que consiste en seis planetas que giran alrededor de Ónistas, su estrella, así como vuestra Tierra gira alrededor del sol en el sistema solar.

Al término de su discurso invitó a realizar una visita a su 'modesto navío espacial'—esas fue-

ron sus palabras textuales— a la totalidad de los presentes, representantes de todos y cada uno de los estados, países, regiones, pueblos, razas y tribus del mundo, que habían acudido —en total algo más de mil doscientas personas—, repletando el imponente salón de honor del edificio de las Naciones Unidas, a fin de mirar y escuchar, e incluso conseguir algún autógrafa, de estos primeros extraterrestres llegados al planeta Tierra.

Por supuesto que ninguno de los humanos quiso perderse la invitación. El griterío y el tumulto en el elegante salón de honor de las Naciones Unidas fue mayúsculo. Las peleas —a golpes en algunos casos— entre los delegados, intentando conseguir una invitación, fueron descomunales.

Algo se calmaron los espíritus de los Homo Sapiens cuando los Collectios les indicaron que no se requería de invitación:

—La visita se hará en este mismo momento —anunciaron.

Así es que, de inmediato, las naves esféricas se repletaron de hombres y mujeres que forcejeaban

y vociferaban intentando penetrar en ellas para no perderse la visita.

Es necesario reconocer, desgraciadamente, que el espectáculo que los humanos brindaron a los Collectios fue —por decir lo menos— bastante lamentable.

Cuando todos —porque finalmente cupieron los más de mil doscientos delegados— hubieron entrado en las esferas, éstas, volando nuevamente a la misma increíble velocidad con que habían llegado, se alejaron en dirección a la Luna.

Allí, disminuyendo su velocidad, se acercaron al mayor artefacto espacial que los hombres jamás hubieran imaginado.

Era una embarcación de forma también esférica, muchísimo —pero muchísimo— mayor que aquellas —que en realidad no eran tan pequeñas— que integraban la flota que había descendido en la tierra.

Esta nave estaba rodeada, según pudieron ver los terrícolas a medida que se fueron acercando, por un tubo circular junto al cual atracarían las más chicas.

Los terrestres estaban abismados:

- ¡Cuánta tecnología!...
- ¡Cuánto avance científico!...
- ¡Cuánta potencia industrial!...
- ¡Cuánto trabajo y esfuerzo!...
- ¡Cuántos dólares!... -o su equivalencia en moneda colectiana.

Uno a uno fueron penetrando los delegados oficiales y extraoficiales -representantes de todos y cada uno de los países, regiones, razas y pueblos del mundo-, por una manga -igual que en los aeropuertos- extendida desde cada nave de acarreo hasta el tubo que circundaba la esfera principal.

Una vez dentro los invitaron a subir, en grupos de a diez, en unos carritos descubiertos que los fueron llevando a sus puntos de destino.

Al parecer, según pudieron apreciar quienes tuvieron que recorrer una mayor distancia, la circunferencia de la nave era de aproximadamente unos cuatro kilómetros.

Cuando el carrito llegaba a su destino, se les pedía a los visitantes que descendieran y que se



encaminaran a sendas puertas. Un humano por cada una.

Los terrícolas penetraron por estos accesos, que se fueron cerrando recia y herméticamente tras ellos.

Al ingresar se encontraron en unas habitaciones –todas idénticas– de unos tres metros por lado; el muro en el que estaba la puerta y los dos laterales, así como el piso y el cielo, estaban acolchados; la cuarta pared era vidriada y permitía ver a través de ella el interior de la gran nave.

La palabra *estapor* es insuficiente para describir lo que percibieron los humanos al penetrar en los recintos.

Aquellos que esperaban observar grandes máquinas exóticas y complejas, se desilusionaron. Los que suponían un puente de mando con astronautas de brillantes uniformes sentados frente a extrañas pantallas, quedaron defraudados. Quienes esperaban ver un despliegue de tecnología, se frustraron...

Lo que todos los terrestres por igual pudie-

ron ver fue una enorme plaza rodeada por más de mil doscientos ventanales, tras cada uno de los cuales había un humano que, apoyado en los cristales, miraba estupefacto hacia la gran explanada.

Por ésta circulaban, como quien da un paseo un domingo por la tarde, algunas decenas de collectios, ancianos, adultos, jóvenes y niños que observaban con bastante curiosidad y algo de recelo estos especímenes recién llegados.

Nos queda por agregar que en cada ventanal –por el lado de la plaza, por supuesto– había un leterito que decía:

⊙⊙*⊙+*⊙⊙⁵
 †⊙⊙⊙*⊙⊙+⊙ ⊖* ⊖†*⊙⊙⊙⊙⊙⊙⊙⊙
 †⊖*⊙⊙⊙⊙⊙⊙⊙⊙ †*⊙⊙⊙⊙⊙⊙⊙†

lo que traducido a nuestra lengua querría decir:

HOMOTECA.
 Individuo en exhibición: Especie Homo Sapiens

Mientras los representantes de todos y cada uno de los estados, países, regiones, tribus, razas y pueblos del mundo, delegados oficiales y extra-oficiales a las Naciones Unidas, que estaban en el interior de la nave intentaban explicarse qué era lo que les había sucedido, ésta volaba ya fuera del sistema solar en dirección a...

Contrariamente a lo que se cree, no todos aquellos jóvenes y muchachas que estudian Teología desean ser sacerdotes, rabinos, monjes o pastores.

No. Muchos estudian Teología porque desean investigar acerca de las religiones y sus creencias, acerca de libros sagrados como la Torah, el Popol-vuh, el Corán, la Biblia, los textos budistas u otras escrituras...

Éste era el caso de Enrique.

A él le interesaba conocer acerca de la Biblia y, más específicamente, todo lo referente al Apocalipsis. En resumen, lo que quería saber era

cuándo sería 'el fin del mundo'. Qué siglo, qué año, qué día...

Por eso había estudiado Teología.

Cursó todos los años como un brillante alumno y al llegar el momento de tener que realizar su tesis de grado eligió como tema "*El día del fin del mundo*", con un subtítulo no menos atractivo: "*Interpretación moderna del Apocalipsis*".

Pero no trabajó solo.

Logró convencer a José, un estudiante del ramo de Historia que se educaba, no para ser profesor, sino para ser historiador, o sea, para investigar acerca de hechos ocurridos en el pasado.

Entre ambos fueron colocando datos y más datos extraídos del último de los libros de la Biblia en un programa especialmente preparado del computador.

El Apocalipsis, como todos saben, es el libro bíblico en donde San Juan, el teólogo, relata, como dice textualmente el libro en su capítulo primero, versículo uno, "*Las cosas que deben suceder pronto*".

Enrique se había interesado en este tema, justamente al leer aquella frase y otra del mismo capítulo, pero del versículo tercero, que decía, también textualmente: "*Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas: porque el tiempo está cerca*".

Y se había sentido atraído más que nada por estas últimas palabras, que incluso había escrito y colocado sobre la cabecera de su cama:

"Porque el tiempo está cerca"

Pero, como todos saben también, el Apocalipsis no entrega directamente los datos necesarios para saber cuándo será el 'acabe de mundo'. Los trae en forma tal que deben ser descifrados.

¿Qué significa, por ejemplo: "*y tenía a su diestra siete estrellas*"? O la otra frase que dice: "*Después de estas cosas miré y he aquí una puerta abierta en el cielo*"...

Pero quizás una de las expresiones que más

inquietaban a Enrique era aquella en que se afirmaba que había un libro escrito de dentro y de fuera, sellado con siete sellos... a la que se agregaba, dos versículos más adelante, otra: "Y ninguno podía, ni en el cielo, ni en la Tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo".

Indicaba también el Apocalipsis que los sellos se irían abriendo uno a uno causando tremendas catástrofes y desastres en la Tierra...

¿Qué pasaría al ser abierto el último sello?

En ese momento, las desgracias serían montuosas, terroríficas, espeluznantes, inimaginables...

La gran pregunta que le surgiría al joven investigador era, entonces, ¿cuándo?, ¿cuándo sucedería aquello?

Ese cuándo estaba también indicado, pero había que descifrar las señales que la Biblia entregaba y luego hacer los cálculos correspondientes.

Se hablaba, por ejemplo, de cuarenta y dos meses, luego de mil doscientos sesenta días. Más adelante, en el Capítulo 20, se decía: "y reinaron con Cristo mil años" ...

Por otra parte, se hablaba del fuego que había de caer sobre la Tierra y Enrique recordaba las bombas atómicas lanzadas sobre las ciudades de Nagasaki e Hiroshima a fines de la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo se decía que el cielo se abriría...

¿Y no podía ser aquello el famoso y espeluznante 'hoyo en la capa de ozono' que dejaba entrar el calor ardiente del sol quemando a los humanos?

Fueron muchos los indicios y muchas también las noches que Enrique y José pasaron en vela intentando —con éxito, ¡sí, con éxito!— descifrar los misteriosos mensajes del Libro del Apocalipsis.

Finalmente, al bordear el mediodía del 31 de diciembre del 2033, completaron su estudio.

No obstante, más que la alegría por haber terminado, fue una profunda angustia y un recóndito temor lo que se reflejó en sus rostros.

¿Angustia? ¿Temor? Sí... porque la conclusión de su investigación les advertía que ese mismo —sí, ese mismo— 31 de diciembre del año 2033, exactamente a las 23 horas y 59 minutos, es

decir, al llegar la medianoche, era la fecha y el momento exactos en que se acabaría el mundo.

Y faltaban sólo doce horas.

¿Caería acaso desde el cielo un fuego que lo arrasaría todo? ¿Serían los monstruosos dragones, una plaga de langostas, o animales llenos de ojos los que devorarían a la humanidad?

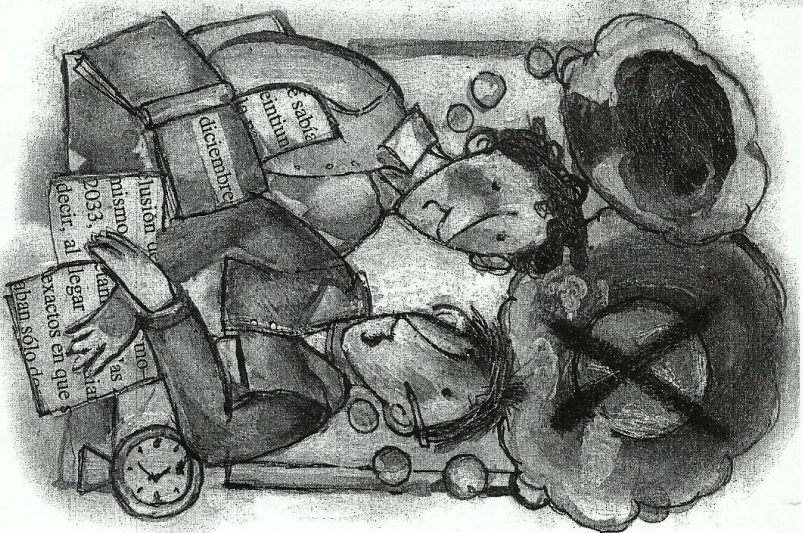
¿O quizás fueran fenómenos naturales, terremotos, erupciones, marejadas, huracanes, tormentas o inundaciones los que devastarían la Tierra?

¿O tal vez un cataclismo de todo el universo? Ninguna de estas preguntas, y de tantas otras, tenía respuesta, solamente sabían que el último día de aquel año del siglo veintiuno era el definitivo.

Ni siquiera tenían la posibilidad de entregar su trabajo ese día: era viernes víspera de Año Nuevo y todos los profesores se habían tomado la tarde libre.

Cabizbajios, se retiraron a sus respectivos hogares. Ahora, sólo cabía esperar...

Enrique llegó a su casa. No quiso almorzar. Se recostó a dormir una siesta y luego se bañó y



comió. Cualquiera que fuese la manera como el mundo se iba a terminar, él estaría listo, descansado, limpio y bien alimentado.

Estaba invitado a una fiesta de Año Nuevo pero, por supuesto, no iría.

A eso de las diez tomó los papeles de la tesis, llenos de cálculos y citas, y comenzó a revisarlos.

Como a las once y media, le pareció haber encontrado un error...

—Obvio —exclamó esperanzado—. ¡No es el 31 de diciembre del 2033, sino el 31 del año siguiente, del 2034.

¿Cómo no se habían dado cuenta?

Tomó el teléfono y llamó a José.

—Aló, ¿José? ¿Sabes? Estoy casi seguro de que tenemos un error en nuestros cálculos. —Y, entusiasmado, comenzó a explicar cuál podría ser la equivocación que habían cometido.

—¿Casi seguro?... —dudó su amigo.

El reloj del comedor comenzó a dar las doce...

Mientras Enrique hablaba, afuera, en el cielo comenzaron a desaparecer las estrellas. Una a una, miles, millones de soles y galaxias fueron apagándose hasta dejar el firmamento más negro que nunca.

Entonces empezó a desvanecerse la luna...

Mancha en el cielo raso

Roby no tenía sueño. Ese día se había despertado tarde y, flojeando, se había quedado dormitando en la cama hasta casi media mañana. En fin, el resultado fue que recién como a las once se estaba comenzando a levantar.

Durante el día no sucedió nada digno de mencionarse. El problema surgió por la noche, cuando Roby no logró dormirse. Sin embargo, como sus padres no aceptaban que se quedara vagabundeando por la casa, a eso de las nueve y media lo enviaron directo a la cama, sin derecho a reclamo.

A Roby no le gustaba mirar libros aunque sí tenía revistas de dibujitos, por lo que se llevó varias para hojear.

Como a las diez ya las había mirado todas. Suspirando, se dio unas vueltas con los ojos cerrados en un intento de encontrar una posición confortable que le permitiera dormirse. Pero no lo logró.

Decididamente estaba desvelado... y aburrido. Entonces se le ocurrió mirar las manchas que había, en gran cantidad, en el muro de madera frente a su cama y también en parte del techo del dormitorio, producidas ya fuera porque la pintura se había descascarado, por una gotera o por los nudos de la madera misma.

Siempre le había gustado encontrar en ellas caras de animales y figuras extrañas, pero ahora parecía que los animales estaban enojados y las formas caprichosas le parecían repulsivas.

Un estremecimiento recorrió su espalda.

El farol de la calle, cercano a su ventana, alumbraba con una luz mortecina, verdosa, casi

perversa, provocando espeluznantes sombras en el interior de la pieza. Lo que aumentaba el horror que comenzaba a experimentar.

Empezó además a sentir frío, un frío simies-tro y callado que subía, implacable, desde sus pies hasta invadirlo por completo.

Angustiado intentó levantarse, pero al mirar hacia las pavorosas manchas observó con horror que lo amenazaban. Decidió entonces que era preferible permanecer en la cama, allí por lo menos no podrían hacerle daño.

Se cubrió con el cobertor y con las sábanas hasta envolver sus orejas, en un intento por abrigarse y protegerse de aquellas aterradoras figuras, pero entonces... aunque con los ojos entrecerrados constató, aterrado, que aquellas alucinantes manchas comenzaban a resbalar por el muro y a arrastrarse desde el techo hacia el suelo, casi hasta tocarlo.

Un grito ahogado escapó de su reseca garganta:

—¡No!, ¡no!, ¡no más!...

Por fortuna, casi de inmediato sintió pasos

fuera de su pieza.

—¡Papá!... ¡Mamá!... —llamó desesperado.

Su padre entró primero y encendió la luz. La pieza recobró su apariencia normal. Las manchas sobre el muro y aquellas del techo sólo eran eso: manchas.

—¿Roby? ¿Qué sucede niño?

—¡Papá!, las manchas... —dijo, éste intentando con dificultad incorporarse en la cama.

—¿Las manchas? —se extrañó el padre.

La madre, que venía entrando, alcanzó a oír las últimas palabras.

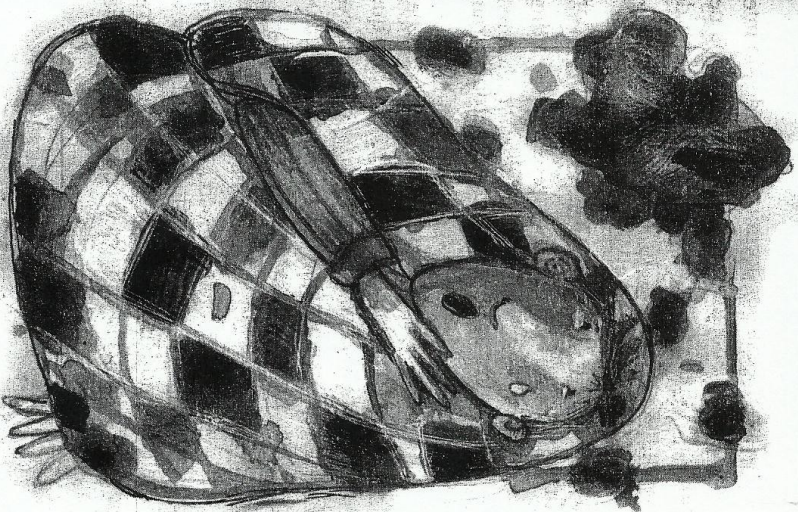
—¿Qué manchas? ¿De qué manchas estás hablando?

—No sé —se defendió el padre—. Este niño dice algo de unas manchas.

La madre miró enojada al muchacho.

—Roby —lo retó—. Nos has despertado. ¿Sabes que son las dos de la mañana? ¿Qué invento es ése de las manchas?

—Son las de la muralla, mamá; estaban bajando y... —alcanzó a decir Roby.



—Eso te pasa por dormirte tan tarde —lo interrumpió muy enojado su padre—. Tuviste una pesadilla. Mañana te levantas a las siete, como de costumbre. ¿Oíste?

—Sí, papá —respondió Roby.

—Y ahora date media vuelta y vuelve a dormirte.

—Sí, mamá —aceptó obediente.

Los padres apagaron la luz y salieron, cerrado tras de ellos la puerta.

La pieza volvió a quedar sumida en la penumbra. Una penumbra, sin embargo, que hizo que todo volviera a ser de un repulsivo color grisáceo.

El niño experimentó nuevamente un escalofrío que lo hizo estremecerse.

Trató de no mirar hacia el muro ni hacia el techo.

Lo mejor sería cerrar los ojos y dormirse, pensó, pero no pudo hacerlo. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo obligó a levantar la vista hacia el muro y hasta el techo.

Las manchas.

¡Allí estaban! Revolviéndose tétricas y repelentes. Formando figuras tan repugnantes y macabras que ni la imaginación desvelada de Roby ni sus ojos desorbitados hubieran podido crear.

¡Y el frío! Horrendo, sepulcral. Sintió cómo subía por sus piernas innovilizándolo. Un frío lúgubre y sigiloso que le obligaba a refugiarse intentando inútilmente combatirlo.

Y otra vez la malévola amenaza.

Trató de levantarse, pero sus músculos no quisieron responder.

Las manchas comenzaron lentamente a descolgarse desde el techo.

Intentó gritar, pero ningún sonido brotó de su garganta.

Las repugnantes manchas reptaron por el muro de madera hasta el piso de tablas.

Él se acurrucó temblando, despavorido, bajo las sábanas, deseando no ver más.

Las manchas verdinegras, dejando, como las babosas, una estela húmeda y rutilante, se fueron acercando hasta el borde de la cama; lograron tre-

par sin hacer el menor ruido por las patas; luego comenzaron a penetrar bajo la frazada hasta alcañar...

A la mañana siguiente, cuando el padre fue a despertar al niño, encontró el cobertor en extremo arrugado.

¡Uf!, pensó levantándolo, parece que Roby tuvo una mala noche.

Bajo la colcha, impresa en la sábana, sólo había una repulsiva mancha de color verde grisáceo.

Epílogo

La familia de Roby, después de la misteriosa desaparición de su hijo, decidió mudarse.

Los nuevos inquilinos llegaron un mes más tarde. Claudia, una de las hijas del matrimonio, ocupó el dormitorio que había sido de Roby. Por la noche, al acostarse, se fijó en las manchas que había, en gran cantidad, en el muro de madera frente a su cama y también en parte del techo del dormitorio, producidas por una gotera, por los nudos de la madera misma o porque la pintura se había descascarado.

¡Qué raro!, pensó, al ver una gran mancha sobre el muro, parece la silueta de un niño acurrucado...

Los nuevos flautistas de Hamelin

Aunque nos sorprendimos por su inesperada aparición, todos nos réimos de la facha de los marcianos cuando éstos recién llegaron a la tierra.

Lo curioso fue que las sondas espaciales enviadas desde nuestro planeta desde hacía ya un montón de años no hubieran percibido absolutamente nada de su presencia, y menos de su armónica cultura.

En parte, claro, eso se debía, según se supo después que llegaron, a que ellos no requerían de bienes materiales para sobrevivir: ni casas, ni vestidos, ni máquinas, ni vehículos, ni alimentos...

!Imaginense!, ni siquiera libros (lo que indica, en cualquier civilización, madurez, increíble adelanto espiritual, psicológico, etcétera, etcétera, sobre todo cuando son libros de cuentos para niños).

Nos enteramos, cuando dieron ese programa por la televisión acerca de su forma de vida—que en realidad, como habitualmente lo hacen los programas de televisión, mostró de todo menos su forma de vida—que lo único que necesitaban para vivir era su finísimo y agraciado cuerpo, confortado curiosamente, al igual que el de los humanos, por un tronco, dos extremidades inferiores, dos superiores y una cabeza, pues con él, de manera desconocida para nosotros, emitían música.

Lo que sucede —y por eso nos reímos de ellos—, es que sus caderas eran iguales a esos trajes que usan las mujeres en el ballet clásico, lo que les confería—incluso a los varones de su especie—, un aire de bailarina con tutú.

Pero la música lo era todo para los marcianos. Vivían rodeados y protegidos por la música. Se

alimentaban de música. Su medio de transporte era la música. Los niños —y también los grandes— jugaban con la música. Su arte era, obviamente, la música. Incluso la medicina estaba basada en la música, algo así como la musicoterapia.

Y a propósito de esto mismo, apenas los marcianos se enteraron del cúmulo de enfermedades incurables que los humanos sufríamos, se ofrecieron—olvídaba decir que además eran muy buenos comerciantes— para curar a todos los enfermos—así como lo escuchan, a ‘todos’ los enfermos, cualquiera fuera su enfermedad o la gravedad de ésta—, por una cantidad de materiales radioactivos, oro y diamantes, que les encantaban por su luminosidad y brillo...

La propuesta, en un comienzo, pareció muy conveniente, por lo que las Naciones Unidas la aceptaron.

Los extraterrestres —en realidad no eran marcianos, aunque les decíamos así por comodidad, pues deberían haber sido llamados algo así como ‘tsrtnpysxzkños’ (la y se pronuncia ll)—

acercaron la enorme nave en que habían llegado hasta unos pocos cientos de kilómetros de nuestro planeta y, aprovechando la presencia de los satélites de comunicación ubicados alrededor de la Tierra, comenzaron a emitir una música que se oyó en todos los rincones de ella.

Milagrosamente, a los pocos minutos, todos los enfermos de cáncer, de SIDA, de enfermedades infecciosas, de úlcera, y de cuanta otra enfermedad incurable hubiera, comenzaron a mejorarse. Incluso a los que estaban resfriados o con dolor de cabeza, se les pasaron sus achaques.

Para resumir: en media hora, todas, sin excepción, todas las peores enfermedades –y también las otras– que hasta ese momento habían asolado la Tierra, desaparecieron.

La alegría de los humanos fue delirante, entusiasta, apoteósica... ¡hasta que llegó el momento de pagar!

Entonces las autoridades comenzaron a revisar la propuesta, a estudiarla más detenidamente. Si se calculaba, por una parte, el ahorro en

hospitales y medicamentos –bastante considerable, por cierto–, y por la otra, la enorme cantidad de médicos, enfermeras, personal administrativo, investigadores, auxiliares, ejecutivos de hospitales, laboratorios y clínicas, que habían quedado cesantes y a los cuales debía bonificarse, la conclusión no era alentadora.

El ahorro no era ni tanto.

¡Y pensar que se había aceptado entregar una cantidad exorbitante de riqueza por media hora de musical!

¡No! Al parecer había habido un mal entendido... ¡huay! que estamos acostumbrados los terrícolas a los malos entendidos.

De lo que se trataba, explicaron las autoridades terrestres a los rstrngnpyxzkños (la Y se pronuncia ll), era que se les entregaría una cantidad equivalente a lo que hubiera costado en la Tierra mejorar... y bla, bla, bla... y bla, bla, bla... y bla, bla, bla...

Lo curioso fue que los marcianos no dijeron nada. Emitieron, en el salón de las Naciones Uni-

das, en donde se les había convocado para anunciarles que no se les pagaría, un sonido bastante poco armonioso y se retiraron a su nave.

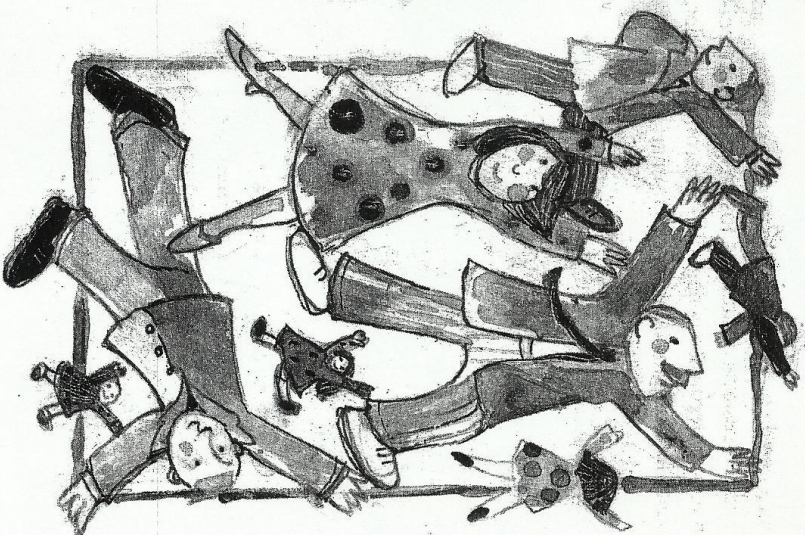
A la mañana siguiente, volvió a escucharse una música en todos los receptores de radio o aparatos de televisión.

Se temió, de inmediato, que volviera a enfermar a los enfermos –valga la redundancia–, pero no fue así. En todo el planeta se oyó una música, que obviamente provenía de la gran nave de los rstrgnyssxzkños (la y se pronuncia ll), que era muy alegre y que al escucharla la gente comenzaba a bailar. Aunque no tuviera ganas de hacerlo. ¡Había que bailar!

Y bailar y bailar y bailar...

Y seguir bailando todo aquel día y al siguiente y al siguiente, hasta que la gente comenzó a caer agotada. Pero aún en el suelo, siguieron ondulando al compás de la música.

No hubo tiempo de comer ni de dormir ni de trabajar ni de jugar ni de estudiar ni de hacer negocios ni de... ¡bueno, no hubo tiempo de nada



más que de bailar! Las industrias paralizaron, las oficinas cesaron de atender, los hospitales no recibieron enfermos, los negocios dejaron de vender, hasta los colegios dejaron de enseñar...
El mundo dejó de vivir.

Últimamente han sucedido cosas extrañas en el laboratorio del colegio. A primera vista parecieron totalmente no tener nada que ver con éste, ni siquiera con el colegio.

El laboratorio es una sala más de la escuela en la que se colocaron estantes vidriados cubriendo dos de sus murallas. La tercera muralla contiene un gran ventanal y la cuarta el inefable pizarrón, ahora blanco —y digo ahora porque antes los pizarrones eran negros— y de tres cuerpos. Las estanterías están llenas de frascos, calaveras de plástico, modelos de ojos, oídos y narices, en fin, mul-

titud de objetos que—según los profesores—sirven para enseñar. Láminas con dibujos de esqueletos, de pulmones, corazón, sistema digestivo... la tabla periódica... por supuesto un extintor para el caso de que alguien inicie un incendio con su experimento.

Pues en este, al parecer, inofensivo laboratorio—y digo ‘al parecer’ pues siempre los laboratorios son esos lugares en donde ocurren extraños fenómenos—comenzaron, hace cosa de un par de semanas, a suceder exactamente eso: extraños fenómenos.

Tres alumnos se desvanecieron en el transcurso de un mismo día. No estoy diciendo que se desmayaron. ¡No! Estoy diciendo que ¡puf!, desaparecieron, se disolvieron en el aire, se evaporaron... ¿Se entiende?

Aunque en un comienzo, es necesario admitir, no se pensó en que estas desapariciones hubieran sucedido en el laboratorio. Se pensó, más bien, que habían ocurrido fuera del colegio.

Tanto el director como los profesores tuvie-

ron, ese día, serias sospechas de que los niños simplemente se habían escapado del colegio.

Pero cuando ya entrada la tarde llegaron al establecimiento los padres para averiguar qué había sido de sus hijos, los que no habían vuelto a sus hogares, la cosa se puso seria.

Así pues, luego de agotarse, con la inquietud y acusadora presencia de los padres aquella posibilidad, la atención se centró en la escuela.

Eso explica el hecho de que el colegio esté, ahora, lleno de policías y detectives, los que presumen—luego de realizar una exhaustiva investigación—que la desaparición de los alumnos se produjo en algún momento posterior al que hubieron entrado al laboratorio.

La verdad es que el enigma habría quedado ahí no más, si no hubiera sido porque el señor Montcalbo, profesor de biología—catedrático de la Facultad de Biodiversidad de la Universidad—, también desapareció.

Así, también: hizo ¡puf! y se hizo humo. Se

estudió en medio de aquella sala—el laboratorio— a vista y paciencia de todo el Segundo Año Medio D.

Lo que sucedió fue lo siguiente: estaban en clase de biología, estudiando algo de la célula. Usaban, como de costumbre, además de los diez microscopios que poseía el colegio, uno un poco más sofisticado, reservado para el profesor, de un hermoso color plata.

Para ser fieles a la realidad, es importante dejar en claro que durante el desarrollo de la clase, el señor Montecalbo no usó su microscopio, pero...

Pero... al sonar la campana, y mientras el curso —después de guardar, cada alumno, el microscopio que había estado usando— salía de la sala atropellándose como de costumbre, uno de los muchachos alcanzó a ver al profesor inclinándose sobre dicho sofisticado microscopio, ése de un hermoso color plateado.

El señor Montecalbo, pues, había permanecido solo en la sala... ¡Y nunca había salido de ella! Esto era lo que habían declarado el alumno



y el jefe de los auxiliares, que nunca se movió de la puerta —por fuera, claro está— esperando, justamente, a que el profesor Montcalbo abandonara la sala, para hacer el aseo de ella.

—Lo vi agacharse sobre su microscopio —declará el alumno.

—Nunca salió, capitán —atestiguó el jefe de los auxiliares, aquella misma tarde.

Ante estas declaraciones, y dada la gravedad de los hechos —cuatro desapariciones en menos de una semana—, el capitán Barreza, de la Brigada de Homicidios de la Policía, decidió, a la mañana siguiente, tomar la investigación en sus propias manos.

El colegio había sido evacuado la tarde anterior y se habían suspendido las clases hasta nuevo aviso.

Lo primero que hizo el Capitán al llegar al establecimiento, fue ingresar al laboratorio —en cuya puerta hacía guardia, ahora, un policía uniformado—, e instalarse en él.

Entró solo y permaneció solo.

Se dedicó a observarlo todo con especial cuidado por si algo extraño llamara su atención.

Sin embargo, no encontró nada, ni ocurrió nada fuera de lo normal. ¡Todo tranquilo!...

Comenzó, entonces, a examinar uno por uno los objetos a su alrededor.

—A ver —se dijo—, a ver. El profesor Montcalbo, según sus alumnos, estaba sentado en este banquillo, en la cabecera de este mesón de trabajo. Frente a él se hallaba este microscopio, que, por cierto, posee un hermoso color plateado pero que según los muchachos no utilizó, por lo menos mientras ellos estuvieron en la sala... —Sin embargo —continuó discutiendo—, sin embargo... es posible que lo haya utilizado después que los muchachos.

El microscopio que el desaparecido profesor había tenido frente a él, aún conservaba la platina colocada en el portabobjetos, con una preparación que, a simple vista, se notaba amorfa, oscura y, por alguna razón que el policía no alcanzaba a comprender, repulsiva.

—Veamos —concluyó—, veamos lo que el profesor Montalbo estaba observando.

Acercó sus ojos a los lentes del microscopio.

Sólo vio negro.

Pero no era cualquier negro...

¡No!, éste era un negro total, absoluto, catagórico, omnínodo, definitivo, un negro negro, duro, denso y sin embargo palpitable, como si aquella preparación estuviera viva, como si fuera un corazón negro palpitando, latiendo acompasadamente.

Poco a poco sintió que el negro iba expandiéndose, aumentando de tamaño lenta pero inexorablemente.

Haciendo un enorme esfuerzo logró apartar su mirada de aquella sinistra oscuridad para mirar a su alrededor.

¡Ojalá no lo hubiera hecho!

Lo que vio, lo dejó paralizado. ¡Era más horrible aún que el incalificable negro!

Lo que vio... fue la sala —el laboratorio— con sus estantes vidriados, sus cuadros, los banquillos, los mesones llenos de objetos dejados

por los alumnos, todo aquello, de un tamaño descomunal, gigantesco, abrumador... Como si él fuera un ser pequeñito en una habitación que crecía y crecía y crecía haciéndose cada vez más descomunal.

¡Entonces comprendió!

Comprendió que no era el laboratorio el que se agrandaba...

¡No! ¡No! ¡No!

Era él, el capitán Barreza de la Brigada de Homicidios de la Policía el que se empuñecía.

Ahora, ya cabía, de pie, sobre uno de los lentes del microscopio y éste semejaba, cada vez más, una laguna de aguas...no, de hielo, de hielo duro y negro. Pero demasiado rápidamente ya no vio los bordes del lente, ahora todo el universo a su alrededor era negro, negro...

A la hora de almuerzo, el ayudante del capitán Barreza golpeó la puerta del laboratorio. Sabía que su jefe, cuando se enfascaba en una investigación, se olvidaba hasta de comer.

Había permanecido cerca de dos horas haciendo guardia para que nadie molestara al Capitán.

Golpeó la puerta y al no recibir respuesta penetró en la sala.

Estaba absolutamente desocupada. El capitán Barreza había desaparecido...

Vio un microscopio sobre el mesón; un microscopio sofisticado de un ténico color plata. Curioso, se acercó y apoyó sus ojos en los lentes. Sólo vio algo negro... negro... muy negro...

ANEXO

Si no has podido descifrar los mensajes del cuento "Las piedras caídas del cielo", aquí te los entregamos:

Primer mensaje:

Domesticación de la especie inferior completa sin perances.

Energía traspasada a nosotros a través de sus miembros superiores es excelente.

Tal como nuestros antiguos profetizaron, una vez más fructificamos y nos multiplicamos.

Mensaje de retorno:

Mensaje recibido: los felicitamos. Por nuestra parte hemos contactado otro planeta productor de energía biológica. Emprendemos vuelo de inmediato.